
WARREN MURPHY
LOS MARRANOS ENGORDAN



E T I Q U E T A



N E G R A

Murphy no sólo es el más divertido de los nuevos narradores norteamericanos de la literatura criminal, también es el ganador del Edgar a la mejor novela del 83 en libro de bolsillo por el inicio de la *serie Trace*, el ganador del Edgar en 1985 a la mejor novela en libro de bolsillo por *Los marranos engordan*, y uno de los mejores conocedores de los bares de Nueva York. Anímense con todo esto.

Un detective que odia Nueva York, que se confiesa alcohólico no anónimo y al que le aburre trabajar. ¡Vaya personaje!

NOTA

Me encontré con Warren Murphy comiendo sándwiches en Bogey, en Nueva York. Tenía la nariz bastante roja, como esos viejos bebedores de vino. Le pregunté por qué era tan difícil encontrarlo. En varios meses había cambiado tres veces de agente. Contestó muy serio que habíamos buscado en los bares equivocados.

Se merece ser personaje de sus propias novelas.

De Murphy, nacido en Jersey City en 1933, se sabe que trabajó en publicidad, hizo libros para la policía, fue guionista de cine (entre otras películas de éxito, el guión de La ascensión del Eiger de Trevanian, con Clint Eastwood en el estelar) y ha sido creador de una serie muy popular de espionaje, El Destructor, algunas de cuyas historias han llegado a la televisión.

Sin embargo, es con la serie de Trace, detective muy sui generis de una compañía de seguros, con la que adquiere fama en Estados Unidos, e incluso gana el Edgar del 84 con Los cerdos engordan.

Kafkiano, burlón, absurdo, con tramas impecables, propietario de unas virtudes en los diálogos enormes (sobre las que levanta la mayor parte de la historia), Murphy es quizá el más divertido de los narradores de la nueva camada que viene a ocupar un lugar en el relevo generacional norteamericano.

Próximamente publicaremos otra de sus novelas, Cuando los elefantes olvidan.

PACO IGNACIO TAIBO II

*Para Gene, Pat,
Michael y Jessica*

CAPÍTULO UNO

A veces, a las buenas personas les suceden cosas buenas. Así era como se sentía Devlin Trace cuando contestó al teléfono en su apartamento de Las Vegas y descubrió que quien le llamaba era Walter Marks.

Generalmente la vida le exigía entrevistarse con Marks cara a cara. En aquellas ocasiones, demasiado numerosas, Trace no sólo tenía que escuchar su voz débil y quejumbrosa y ver su cara chupada, sino que también tenía que soportar las olas de odio que emitía Marks cada vez que se veían forzados a estar en la misma habitación. Pero hoy, todo lo que tenía que hacer era hablar con él por teléfono. Eso, evidentemente, era una buena cosa y Devlin Trace sabía que se lo merecía porque, evidentemente, él era una buena persona.

—Llama un tal señor Walter Marks —había dicho la secretaria—. ¿Es usted Devlin Trace?

—El mismo —dijo Trace.

—Por favor, no cuelgue. Le va a hablar el señor Marks —dijo ella.

—De acuerdo —dijo Trace. Y colgó.

Entró en la pequeña cocina del apartamento, se sirvió un café y cogió una cajetilla de cigarrillos. Para cuando volvió al salón el teléfono ya estaba sonando otra vez. Puesto que acababa de leer una circular informativa de la Compañía Telefónica que recomendaba dejar sonar el teléfono diez veces antes de colgar, Trace esperó hasta que hubo sonado nueve veces antes de cogerlo. Si el personal de la oficina de Marks no tenía la inteligencia suficiente como pa-

ra leer las circulares de la Compañía Telefónica, entonces no se merecía el honor de hablar con él.

—¿Señor Trace? —preguntó la misma voz áspera de la secretaria.

—Sí, soy yo. ¿Es usted la secretaria de Groucho?

—¿Cómo dice?

—Nada. No tiene importancia. Se ha debido cortar la comunicación —dijo Trace.

Ella dejó escapar un «Bah» que expresaba su desconfianza.

—Por favor, no cuelgue esta vez —dijo fríamente.

—Estoy a su disposición —dijo Trace. No tenía mechero. Tenía los cigarrillos, pero no tenía con qué encenderlos.

Volvió a colgar.

El teléfono volvió a sonar mientras él recorría todo el apartamento en busca de un mechero. Contó las veces que sonaba el teléfono mientras buscaba. Era extraño, parecía que últimamente no era capaz de encontrar un mechero. Decidió que probablemente era porque frecuentaba menos los bares.

Muchas personas creían que los que pasaban su tiempo en los bares lo hacían por razones de fuerza mayor. Pero Trace pasaba mucho tiempo en los bares porque era el mejor sitio para hacerse con un suministro regular de mecheros desechables. Empezó a notar que se agotaban sus existencias de mecheros después de empezar a beber menos.

El teléfono ya había sonado doce veces cuando, por fin, encontró unas cerillas en la cocina. La caja llevaba impreso el siguiente mensaje: «Usted puede ser artista. Dibuje esta cara».

Trace lo habría intentado si hubiera podido localizar un bolígrafo, pero sus existencias de bolígrafos se habían ido agotando a la par de sus existencias de mecheros. El no beber agotaba de forma alarmante todas las existencias de la casa.

El teléfono ya había sonado dieciocho veces.

Diecinueve.

Cogió el teléfono y dijo con su voz más alegre y de circunstancias:

—Hola. Supongo que Groucho quiere hablar conmigo, ¿no?

—Espere, por favor, que le paso con el señor Marks —respondió fríamente la secretaria.

Walter Marks era el vicepresidente encargado de la Sección de Reclamaciones de la Compañía de Seguros Garrison Fidelity. En teoría, Devlin Trace trabajaba para él como investigador independiente. Sin embargo, los dos hombres sabían que Trace había obtenido su puesto porque era amigo de Robert Swenson, presidente de la Garrison Fidelity. Esto le había causado muchos disgustos a Marks porque era un hombre mezquino, y como a tantos otros hombres mezquinos, le gustaba gobernar por el terror y por las amenazas de despido. Y como Trace era un hombre incombustible e insensible al terror, no se contaba entre los favoritos de Marks.

—¿Trace? —La débil y horrible voz de Marks le llegó por el auricular. Hablaba como si le pusieran multas por abrir la boca.

—Sí, Groucho —dijo Trace—. Soy yo.

—¿Qué demonios pasa por ahí? ¿Por qué me cuelgas el teléfono?

—No lo he colgado yo, Walter —respondió Trace, sorbiendo su café, con su mente todavía ocupada en el dibujo de la caja de cerillas. *Dibuje usted esta cara*. Quizás podría él hacer imprimir algunas cajas con la cara de Walter Marks y la invitación: *Borre usted esta cara*—. Creo que la culpa es de esa secretaria inútil que tienes. No creo que sepa ni hacer funcionar los botones. De todas formas, ya has conseguido hablar conmigo. ¿Quieres algo o es simplemente una oportunidad para quejarte gratis?

—No. En realidad te llamé para decirte Cortésmente que empieces a ganar tu anticipo. Empezando hoy, Trace.

—Bueno, Groucho, por mucho que me guste, me temo que tendré que rechazar cualquier misión que hayas estado planeando para mí.

—¿Qué?

—Ya tengo otros planes anteriores —contestó.

—¿Qué planes?

—Me voy a San Francisco a una convención.

—No hay ninguna convención de compañías de seguros en San Francisco —dijo Marks.

—Los seguros son sólo una parte muy pequeña de esta joya que es mi vida —repuso Trace—. Ésta es una convención de ciudadanos americanos nacidos en Japón.

—Mira, Trace. Sé que eres judío e irlandés —dijo Marks—. Pero ¿cómo te las has arreglado de repente para convertirte en japonés?

—Yo no, chico. Su madre va a ir y nosotros vamos a acompañarla.

—Encuentro difícil de creer que tenga que recordarle incluso a un perezoso como tú que el trabajo debería ocupar el primer lugar —dijo Marks.

—Míralo de esta forma —sugirió Trace—. Siempre hay trabajo, nunca escasea. Pero una convención es una convención, y una vez perdida no vuelve a recuperarse.

—Tampoco un anticipo —gruñó Marks—. Así que, entonces, vas a rechazar el trabajo que tengo para ti...

—¡Vaya! ¡Qué listo eres! Ni siquiera se te escapa la indirecta más sutil —dijo Trace.

—Me acordaré de esta conversación.

—Ya lo sé. Y la anotarás en tu «archivo de razones» para echar la zancadilla a Devlin Trace. Pero justo cuando se te ocurra pensar que vale la pena intentarlo, recordarás los millones de dólares que le he ahorrado al viejo y querido *Gone Fishing*^[1], y cambiarás de parecer.

—No llames *Gone Fishing* a Garrison Fidelity —espetó Marks.

—Vale, Groucho.

- Y no me llames Groucho.
—Vale, Walter —respondió Trace.
—Espero que te ataquen los maricas en San Francisco
—dijo Marks.
—Me quedaré en el hotel.
—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?
—Probablemente diez días —contestó Trace.
—Hablaré contigo cuando vuelvas —dijo Marks.
—Estaré contando las horas —respondió Trace.

Trace estaba dormitando en el sofá cuando se abrió la puerta del apartamento. Abrió sus ojos y murmuró:

- Hola, Chico.
—No lo creo —respondió Michiko Mangini. Era pequeña y tenía un buen tipo, con un pelo largo, negro y lustroso. Sus ojos eran grandes, luminosos y oscuros destacando en su cara bronceada.

Aparte de un toque de pintura en sus labios, no estaba pintada. Trace sabía que el maquillaje se lo quitaba nada más terminar su turno como *croupier* de blackjack en el Casino Araby. Mientras trabajaba debía llevar un ridículo vestido de harén y maquillaje teatral, pero Chico dejaba atrás ese personaje en cuanto terminaba su turno. Tenía veintiséis años, pero aparentaba menos; era guapa, pero daba la impresión de ser más guapa de lo que era. También trabajaba de vez en cuando como prostituta, pero de ese tema no hablaban nunca.

- ¿Qué es lo que no crees? —preguntó Trace.
—Es la hora del cóctel y tú estás aquí tumbado con una taza de café delante. Pensé que a esta hora estarías ya como una cuba.
—¿No se te enternece tu corazoncito siciliano-japonés?
—preguntó Trace mientras se incorporaba y apuraba el vodka que quedaba en su taza de café.

Chico estaba todavía en la puerta metiendo en casa las bolsas de la compra que estaban en el pasillo. A Trace le parecía que sus brazos estaban siempre cargados con la compra. Y tenía suerte que él apenas si comía, si no sus hombros hubieran sido musculosos y su espalda se hubiera encorvado permanentemente por el peso.

—¿Todo listo para nuestras vacaciones? —preguntó ella mientras empezaba a llevar las bolsas de dos en dos a la cocina.

—Sí —aseguró.

—¿Tienes tu maleta hecha?

—No —respondió.

—¿Por qué no?

—Sabía que si esperaba lo suficiente tú la harías por mí —contestó Trace.

—La haré, pero sólo si me prometes que no tenemos que llevar ese estúpido magnetófono —dijo ella.

—Pues claro; no lo metas. Nos vamos de vacaciones, ¿no?

—Exactamente —afirmó Chico—. Nada de conversaciones secretas grabadas. Nada de trabajo. Sólo divertirnos durante una semana entera.

—¿Te apetece divertirte ahora? —preguntó él.

—Primero preferiría guardar la compra —contestó ella.

—¿Te ayudo?

—No.

—¿Por qué no?

—Tú siempre guardas las cosas en el sitio equivocado. El arroz siempre termina con la salsa para los espaguetis; las ostras ahumadas terminan escondidas detrás de los copos de avena... No, gracias. Prefiero hacerlo yo misma.

—En realidad —dijo Trace—, estaba preguntándome por qué compraste todo eso si mañana nos marchamos de vacaciones.

—Nunca se sabe lo que puede pasar —respondió ella misteriosamente—. Algo puede salir mal, y al menos de es-

te modo tendremos para comer.

—Hablé con Walter Marks hoy —dijo Trace.

—¿Intentó arruinar nuestras vacaciones?

—Por supuesto.

Trace se quedó maravillado de la manera en que guardaba las cosas, con tanta eficacia. La cocina no era más que un pasillo estrecho con el fregadero, la nevera y la cocina a un lado y un bar y armarios al otro, pero ella siempre parecía encontrar sitio para almacenar toda la gama de botellas, latas y tarros que traía a casa.

—Comida para la hambrienta India —murmuró él cuando pasó a su lado en la cocina para lavar la taza de café.

—¡Vaya! ¡Por primera vez en la historia te vas a lavar tu propia taza! —exclamó ella.

—Quería hacer desaparecer los restos de vodka antes de que te dieras cuenta.

—No hacía falta. Lo olí en cuanto pasé a tu lado.

—El vodka no huele a nada —dijo Trace.

—Sí que huele.

—¿A qué? —preguntó él.

—Tiene un olor muy característico, a vodka —respondió.

—Tonterías. Ésa es la razón por la que todo el mundo bebe vodka, para que sus esposas no lo noten cuando lleguen a casa. ¿Tú crees que todos esos millones de personas están equivocados?

—Totalmente equivocados —aseguró ella. En ese momento, se estaba balanceando peligrosamente encima de una pequeña banqueta, mientras guardaba comida en latas en la parte de atrás del estante superior—. ¿Has oído hablar alguna vez de una mujer que no supiera cuándo su marido había estado bebiendo? Con vodka o sin vodka, nosotras, las mujeres, siempre lo sabemos.

—Dios mío, ¡qué insidiosa eres!

Ella se dio la vuelta y le sonrió. Mientras estaba de pie sobre la banqueta, sus ojos estaban casi al mismo nivel que

los de él.

—Recuerda esto —dijo ella—, siempre que te entren ganas de engañarme o de tratarme mal. Yo siempre lo sé. Lo sé todo. —Sus ojos centelleaban—. ¿Sabes? Quizás es una diferencia genética relacionada con el sexo. Quizás sólo los hombres son incapaces de detectar el olor del vodka. Las mujeres no lo son. Y además, cuando sudas lo echas fuera y hueles como un muerto.

—Y, a pesar de eso, ¿me has soportado todos estos años? —le preguntó. La cogió por la cintura y dándole la vuelta la bajó de la banqueta y la besó.

—No han sido tantos años —dijo ella—. Sólo tres.

—Parecen más —respondió Trace.

Más tarde, esa misma noche, Chico hizo la maleta de Trace, soltando una carcajada cada vez que encontraba ciertas prendas en el armario. Como siempre hacía, llenó una bolsa con las prendas que ella decidió que no le iba a permitir llevar en adelante, y le dijo que las iba a donar a la colecta de ropa para los Voluntarios de América.

Después, se durmió.

Con cuidado, Trace sacó toda la ropa de la bolsa y volvió a meterla en su armario.

Finalmente, antes de meterse en la cama, cogió el pequeño magnetófono portátil y el pequeño micrófono, que era un dorado alfiler de corbata en forma de rana, y los escondió en el fondo de su maleta.

—Nunca se sabe, ¿verdad? —murmuró.

CAPÍTULO DOS

El aeropuerto de San Francisco estaba a punto de ser cerrado a causa del mal tiempo, así que el avión procedente de Las Vegas estuvo trazando círculos perezosos y a baja altura durante cuarenta y cinco minutos. Trace aprovechó la mayoría de este tiempo para quejarse amargamente de no poder fumar ni echar un trago.

La azafata, indignada, le dijo:

—Es por su propio bien, ¿sabe?

—Vamos a morir, ¿verdad? —preguntó—. Vamos a morir todos.

—Tonterías. Todo va perfectamente —aseguró la azafata. Se inclinó más hacia él y le dijo suavemente—: ¿No podría hablar un poco más bajo? Puede alarmar a los otros pasajeros.

—Si usted cree que esto les puede alarmar, espere a que me ponga de pie y empiece a cantar *Más cerca mi Dios de ti*. Entonces verá usted pánico.

—No está permitido ponerse de pie —dijo la azafata—. Está encendido el letrero de *Abróchense los cinturones*.

—Cuando caigamos al océano, ¿puedo quitarme el cinturón? —preguntó él.

—Señora, ¿este caballero viaja con usted? —le preguntó la azafata a Chico, quien estaba intentando esconderse detrás de un ejemplar de *Mechanix Illustrated*.

—Aunque odio tener que admitirlo, sí —respondió.

—¿Cree que podría tranquilizarle?

—¿Podemos esnifar coca? —le preguntó Trace a la azafata—. Eso siempre me tranquiliza.

Chico le dio un codazo en las costillas.

—Intentaré mantenerle a raya —le dijo a la azafata.

La azafata asintió con la cabeza y se alejó. Chico le preguntó malhumoradamente a Trace:

—¿Por qué dices cosas así? Nunca has esnifado coca en tu vida.

—Porque me gusta mantener a esta gente muy alerta —dijo—. Llevan un cargamento muy importante a bordo: Yo. Ella es un peso ligero, Chico, un peso ligero. Antes todas las azafatas solían ser enfermeras, y después eran todas conejitos de *Playboy* o algo parecido, y ahora son todas oficinistas. Las azafatas de hoy no son como las de antes.

—Y tú tampoco —dijo Chico.

—No sabes nada —afirmó Trace—. Y, ¿por qué no me dio alas cuando terminé todos mis cacahuetes?

—Trace, te lo dijo, no le quedaban. Tienes cien pares de alas de plástico en casa de todas las líneas aéreas.

—Siempre me dan alas —se quejó, y se retrepó en su asiento.

Cuando salieron del avión, la azafata estaba de pie al lado de la puerta para desear un buen día a todos los pasajeros. Chico dijo:

—Gracias.

—Peso ligero —dijo Trace.

Ya llevaban casi una hora de retraso cuando finalmente aterrizaron y se encontraron con la madre de Chico, sentada desconsoladamente cerca de la cinta transportadora de equipaje.

La diminuta japonesa llevaba un traje de pantalón color azul. Se llamaba Nobuko, pero todos la llamaban Emmie, cosa que Trace jamás había entendido. El parecido entre la mujer y su hija era asombroso, pero la vieja parecía mucho más delicada que la joven. El difunto padre de Chico había sido un marinero italiano, y la mezcla de sus genes con los de su madre le había dado a Chico un aspecto más sano que el de su madre. Parecía como si la mujer más vieja tuviera la cara llena de polvos blancos y estuviera de pie to-

talmente inmóvil en el centro de algún escenario, mientras que la más joven parecía estar sudando en un difícil ballet.

—Hola, mamá. Perdona el retraso —dijo Chico.

—Hola, Michiko. Hola, Tú.

Desde el momento en que conoció a Trace le había llamado Tú, puesto que pensaba que sus dos nombres, Devlin y Trace, eran básicamente impronunciables.

—La viuda Mangini —dijo Trace, inclinándose para besar su frente.

—¿Por qué tienes una cara tan larga? —preguntó Chico.

—Pensé que no vendríais. Iba a matarme si no venís —dijo Emmie.

—Mal tiempo. El avión se retrasó al aterrizar —explicó Chico.

—De hecho, casi nos matamos —comentó Trace—. Creí que el avión iba a estrellarse.

—Es culpa mía que el avión casi se estrellara; venís a verme a mí. Si el avión se estrella yo me mato —dijo la madre de Chico.

La cinta transportadora estaba vacía.

—Tu equipaje debe estar en la oficina —le dijo Trace a Emmie—. Iré a buscarlo.

—Sel verde.

Trace miró a Chico.

—Verde —explicó ella.

Trace asintió con la cabeza y le preguntó a la madre:

—¿Tienes una maleta sola?

—No. Tengo dos maletas.

—Marchando, dos de maletas —dijo Trace. Dejó a las dos mujeres hablando en japonés y fue a recoger el equipaje a la oficina de equipajes.

Amenazaba tempestad mientras viajaban en taxi, los tres en el asiento trasero, a San Francisco. El viento pareció intensificarse cuando pasaron por delante del Parque Candlestick, un estadio de béisbol a pocas millas del centro